—Sí, sí, gracias, Margarita, repuso el jóven levantándose, y queriendo tomar la mano de su novia, que ésta retiró con repugnancia; sí, ese don era lo que más deseaba en el mundo... porque, te lo confieso, dudaba de tu amor... pero ya creo en él, puesto que tú misma me has dado el medio de desvanecer mis dudas.

Margarita se sonrió con frialdad, encogiéndose de hombros, y Miguel dió un paso hácia Cecilia é Inés.

—Buenas noches, dijo con voz aún conmovida: hasta mañana.

—Dios te acompañe, hijo, contestó la anciana con tristeza.

—Adios, Miguel, añadió Inés enjugando una lágrima.

El hijo del molinero salió del terrado, y Benito le siguió.

—Espérame, dentro de una hora, junto al álamo grande, le dijo: tengo que hablarte.

El jóven hizo un signo de conformidad, y se alejó lentamente. Benito volvió á entrar en el soportal, al mismo tiempo que Margarita iba á salir de él.

X

Benito.

—Siéntate, Margarita, y escúchame, dijo Benito tomando de la mano á su hija, y haciéndola entrar de nuevo en el florido terrado.

Obedeció la doncella: pero su padre sintió temblar la mano que tenia asida con la suya, porque Benito, á pesar del apasionado cariño que profesaba á su hija, habia inspirado siempre á esta un respeto, en el cual entraba tambien una gran parte de temor, á causa, sin duda, del carácter poco elevado de la jóven, y aumentado entonces por el convencimiento de su culpabilidad.

Benito soltó aquella mano temblorosa, y señaló á Margarita el asiento que antes habia ocupado, tomando él el inmediato, que habia servido para el jóven molinero.

Hubo algunos instantes de penoso silencio: el desgraciado padre sentia hervir en su pecho la cólera y el dolor: la señora Cecilia é Inés, que no se habian movido de sus sitios, temblaban instintivamente.

—Margarita, dijo el labrador con severo acento, rompiendo por fin aquella triste calma: Margarita, eres una mala hija, y una jóven despreciable.

La jóven tembló con más violencia; su temor crecia; pero su corazon endurecido y extraviado por la funesta influencia del ayuda de cámara, y deslumbrado por culpables ambiciones, no envió á sus ojos ni una lágrima.

—Para procurarte el esposo más gallardo y honrado entre los jóvenes de la aldea y del valle, y porque creí que le amabas, he dado la mano, y he ayudado á la fortuna del padre de Miguel; no me pesa, prosiguió el honrado labrador, como si se arrepintiese de haber evocado este recuerdo de sus beneficios: no me pesa; Antonio es un hombre de bien y un anciano respetable, y yo me acordé de que no era más que un pobre jornalero cuando me dieron á tu santa madre.

Detúvose Benito: procuró reprimir su emocion: enjugó con su callosa mano una lágrima que brotara de sus ojos, y luego continuó:

—¡Mucha falta te ha hecho aquel angel, Margarita! ¡sí, mucha falta! su ejemplo y su amor, te hubieran fortalecido contra la vanidad, y contra los malos pensamientos.

Las alabanzas que Benito daba á su difunta esposa, no ofendieron á la anciana Cecilia, cuya fisonomía permaneció profundamente triste, pero tranquila: no obstante, ella tambien habia cuidado con sumo esmero de Margarita, y habia rodeado su infancia y su adolescencia de la mayor ternura.

¡Santo amor de las madres, que no conoce jamás la envidia, que nunca se queja, y que es todo abnegacion y dulzura!

—Sin embargo, continuó Benito, temeroso de haber herido la susceptibilidad de la anciana, porque ya he dicho que bajo su ruda corteza ocultaba una sensibilidad profunda, y una delicadeza poco comun; sin embargo, Margarita, tú no has tenido á la vista otra cosa que buenos ejemplos y acciones virtuosas: tu abuela es la mejor mujer que conozco, y tu prima es una jóven honrada y hacendosa. Margarita, tú has nacido mala, á pesar de haber sido concebida en el seno de una santa... y esto no me extraña, porque ayer, quitando las yerbas dañinas del huerto, junto á los frutales donde sueles ir por las tardes con tu abuela... ayer ví allí un cardo que habia nacido en el seno del más hermoso rosal!

Estremecióse Cecilia al oir estas palabras: el pensamiento suyo, era tambien el de su yerno: á ella le habia ocurrido esta imágen al tratarse de Margarita; y cuando el cielo enviaba el mismo pensamiento á los dos séres que más le amaban en el mundo, la imágen debia ser verdadera.

Al advertir Margarita la misma triste coincidencia, se extremeció tambien y se preguntó si en efecto, era ella para todos los suyos el amargo é hiriente cardo; pero un momento de reflexion bastó para que aquel rayo de bienhechor remordimiento se disipase por completo; pensó en su hermoso Enrique, tan esperado, tan querido, tan superior á toda su familia: pensó que era una injusticia obligarla á casarse con aquel labrador palurdo; y pensó despues, que siendo hija única, no bien se casara, la perdonarian, y estarian muy orgullosos de que ella quisiera volverlos á ver.

—Me han contado, Margarita, prosiguió Benito, con la misma severidad lenta y terrible, que tan agudos temores inspiraba á Cecilia, me han contado que, desde hace dos meses, todas las tardes, y cuando por las tardes no puedes, por las noches, tienes citas con uno de esos señores del castillo... que ayer estuviste hablando con él, desde las diez hasta las doce de la noche... es decir, desde la hora en que tu honrada familia se duerme rendida del trabajo, hasta la en que ese señor tiene costumbre de acostarse en Madrid, y que aquí se ve acometido por el sueño!...

Detúvose otra vez Benito: sacó su pañuelo de algodon de cuadros azules, y lo pasó repetidas veces por su frente para enjugar el helado sudor que la bañaba.

Luego contínuó:

—Sé que hablas con él por la ventana de tu cuarto, desde el dia en que os sorprendí en el valle... sí, lo sé... y esta es la razon por qué vives aún... Si me hubieras desobedecido, acudiendo á sus citas en el valle ó en su castillo, te hubiera muerto.

La anciana lanzó un gemido: Inés un grito de angustia: mas la dolorosa preocupacion de Benito era tal, que no se apercibió de nada, y continuó así:

—Dicen que esos señores del castillo son hermanos... lo ignoro y no me importa saberlo: no son de este país, ni aun de esta provincia: jamás han vivido aquí, no han hecho ningun beneficio en la aldea ni en el valle: no tienen colonos, ni aun se sabe su nombre; pero aun cuando fuesen los señores de las diez aldeas que se extienden á la redonda, y de todas las alquerías que yo con mis buenas piernas puedo visitar, aunque te pidiese á mí en matrimonio su orgulloso padre para uno de sus hijos... Margarita, jamás le concederia tu mano. Dios no quiere que salgamos de la esfera en que él nos ha colocado, y al que desea otra y se empeña en entrar en ella, le niega toda fortuna.

—Así, pues, prosiguió Benito, con voz que iba siendo cada vez más severa é iracunda; así, pues, algun vecino... algunos más bien, se han apercibido de tus conversaciones con el señor

del castillo, cuando me las han avisado... son honrados, y no creo que se diviertan en publicar mi deshonra: pero me basta con que ellos lo sepan, para no consentir que Miguel se case contigo.

—¡Hijo mio! ¿qué es lo que dices? exclamó asustada la anciana Cecilia. ¡Dios del cielo! ¡no casarse tu hija con Miguel! ¿qué suerte le espera pues? ¿quién se casará con ella?

—Nadie, contestó Benito con voz sorda, pero firme; nadie, madre mia: del mismo modo que soy bastante honrado para no dar á Miguel una esposa tachada, lo seré para no engañar á ninguno de los hombres de bien que pudieran pretender á mi hija.

—¡La Vírgen nos ampare! murmuró la anciana, por cuyas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—Margarita, prosiguió el labrador con creciente y amargo enojo: Margarita, mira esa anciana que llora... es dos veces tu madre, porque en su seno tomó vida la tuya... Pues bien; Dios lo ha dicho... el hijo que arranca una sola lágrima á los ojos de su padre ó de su madre, será maldito sobre la tierra.

Un agudo grito se escapó de los lábios de Margarita: palideció su frente, brotó de sus blancas sienes un helado sudor, estravióse su mirada durante algunos instantes, como si pasase ante sus ojos alguna horrible vision, y luego cayó

desplomada de rodillas en medio del soportal: bajó la cabeza y extendió hácia delante sus temblorosas manos, lanzando un agudo sollozo

—¡Benito, Benito, tú la matas! gritó la anciana con esa ternura impetuosa de las que son madres dos veces: ella no me hace llorar, no: eres tú, que dices que no se casará con nadie: pues qué, ¿no es acaso la doncella más bonita y más rica de la aldea y del valle? ¿quién no se llamará dichoso siendo su marido?

Diciendo estas palabras, la anciana rodeó á Margarita con sus brazos, y la levantó del suelo, donde no dejaba de sollozar desde que habia oido las terribles frases de su padre.

—Ni en la aldea ni en el valle, madre mia, hay un solo hombre honrado que, al decirle yo que mi hija ha dado citas á uno de esos señores del castillo, consienta en tomarla por mujer.

—¡Pero tú no lo dirás, no! ¿qué padre es capaz de publicar las faltas de sus hijos?

—¡Yo! dijo Benito levantándose con cierta solemnidad, llena de una majestad ruda é imponente: en este momento, añadió con acento ronco y tembloroso á pesar de sus esfuerzos: en este momento voy á decirle á Miguel: «¡Renuncia á mi hija, porque ni te quiere, ni es ya digna de ser tu esposa!»

—¡No lo harás, hijo mio! ¡no querrá Dios que labres la desdicha de tu hija! ¡ella le quiere,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sí! ¿no has visto que esta noche le ha dado la rama de sándalo á la luz de la luna?

—¿Cree ya mi hija lo que creemos nosotros? repuso Benito con honda amargura. Madre, su corazon está seco para siempre, y esa misma rama de sándalo, dada sin fé, convencerá á Miguel del desamor de esa mujer!

Benito acompañó estas palabras echando sobre su hija, á la cual aún tenia abrazada Cecilia, una mirada de hiriente desprecio, y se dirigió á la puerta.

Mas la anciana deshizo el amante lazo con que sujetaba á su nieta, y se lanzó á detener á su yerno como si le arrebatase ésta toda su felicidad.

—¡Benito, mira lo que haces! exclamó: ¡luego puedes arrepentirte! ¡es tu hija, y lo es tambien de mi pobre Margarita!...

—¡Tio mio, por Dios! exclamó Inés cerrando asimismo el paso á su tio, y juntando las manos con ademan suplicante.

Benito contempló á la jóven durante algunos instantes; luego la separó suavemente, y murmuró:

—¡Pobre mártir!

—¡No saldrás de aquí, hijo mio! repitió la señora Cecilia cogiéndole las manos: ¡no, no saldrás!

Volvióse Benito, y mostró á la anciana la figura inmóvil de Margarita, que habiendo pasado su primer espanto, permanecia tranquila y silenciosa.

—¿Ha intentado siquiera ella detenerme ó pedirme perdon? preguntó á media voz el pobre padre, en tanto que contraia sus duras facciones una amarga sonrisa.

—¡Te teme, hijo mio! murmuró la anciana defendiendo aún el paso.

—¡Miedo! ¡á mí! exclamó Benito con acento terrible: y luego, enjugando el angustioso sudor que no cesaba de bañar su frente, añadió con respetuosa firmeza:

—¡Paso, madre!

—¡Hijo, por Dios!

—¡Paso! repitió Benito con voz más fuerte.

Apartóse la anciana de la puerta, y fué á caer de nuevo sobre su asiento, lanzando un doloroso gemido, en tanto que Benito atravesaba el patio con paso firme, y se dirigia al campo.